

▷ "No podemos perder"

## El fútbol unió a 25 millones de argentinos

de la primera

desde... anoche una cámara de televisión, que muchos extranjeros se preguntaban a qué hora dormían o trabajaban los porteños, si todo para ellos —hasta hoy— fue fútbol y nada más que fútbol.

Y decir, igualmente, que esta mañana la gente empezó a llegar al estadio de River Plate seis horas antes del partido; que por las avenidas Libertador, Leandro Alem, Corrientes, Santa Fe, ya había gente que, viéndose privada de asistir al juego, salió a las calles, banderas en mano, para alentar a quienes sí tuvieron privilegio de conseguir un palco, o una platea, o, por lo menos (¿por lo más?), asistir de pie a los 120 minutos que duró el gran acontecimiento.

¿Es superficial decir que un padre de familia rosarino prometió bautizar a su próximo hijo con el nombre del primer jugador de Argentina que anotara un gol?

¿Cuántas banderas, cuántas canciones, cuántos gritos, cuántos desmayos hubo esta tarde en River Plate? ¿Cuántos aviones pasaron sobre la cancha e inclinaron una de las sus alas para saludar a 77 mil espectadores y para brindar un grato instante a quines vivieron la euforia del Mundial a bordo?

En las tribunas, banderas y banderines de Chaco, La Plata, Ayacucho, San Isidro, Bariloche, Islas Malvinas. Afuera del estadio, desde muy temprano, centenares de esperanzados, con una pregunta que casi se antoja ingenua: 'che, ¿te sobra un boleto?'

La misma esperanza que indujo a dos chicas a acercarse a los enviados de uno más uno para rogarles que las metieran al estadio "como acompañantes", y la pena que dio decirles que era imposible, que se apresuraran a ver el juego por televisión.

O la angustia de Ramón Márquez, al perder momentáneamente adentro del estadio, y antes del vigilado acceso al palco su boleto para la final.

Y el tablero electrónico de River Plate, llevando el ritmo, con destellos luminosos, la multitud que cantaba: "vamos, vamos Argentina/ vamos, vamos a ganar/ que esta barra quilomera/ no te deja,

no te deja de alentar".

Ver desfilar a las bandas de música de la Escuela Mecánica de la Armada, del Liceo Naval, de Granaderos, del Regimiento de Patricios, del Tabor de Tacuaray escuchar a miles de argentinos cantar, a coro la marcha de la Batalla de San Lorenzo, primera victoria de los granaderos del general San Martín sobre los españoles, en Santa Fe.

Y la salida del equipo argentino a la cancha, y el torrente de confeti y papel recortado sobre las tribunas, y el silbatazo inicial del árbitro y el primer gol de Argentina; y el segundo (¿quién se acuerda del holandés?), que fue cuando en dos o tres pasillos empezaron a correr camilleros que cargaban a hombres y mujeres desmayados; y la locura del tercero, anotado por Bertoni, que llevó al encargado del tablero electrónico a lanzar el "Argentina, campeón '78", cuando faltaban aún varios minutos para que terminara el juego.

Y el silbatazo final, y la entrega de la copa, y la marcha de los jugadores en torno a la cancha, en hombros; y la camiseta ensangrentada de Tarantini, y los rostros iluminados de Kempes, Fillol, Gallego, Galván, Passarella, Hoseman, Luque, Olguín, Oviedo.

Y luego, la calle. La gran fiesta de la victoria en las calles de Buenos Aires.

Para periodistas, fotógrafos y camarógrafos extranjeros vinieron al Mundial, esto ha terminado. Así lo recuerdan los letreros en seis idiomas que la cordialidad argentina puso esta noche en la sala de prensa: "Adiós, hasta pronto, nos encontraremos en España '82'".

Cuando el enviado de uno más uno escribe estas líneas, se acerca un colega argentino que, indiscreto, lee la entrada. Luego comenta:

"Tienes razón. El fútbol logró hoy lo que nadie jamás había conseguido en la historia de este país: unir a 25 millones de argentinos".

Se le empañan los ojos y agrega:

"¿Quién va a decirles en este momento que mañana es lunes? ¿Quién los va a despertar? Nadie, mi hermano, nadie".